



El valor colectivo de lo individual

Durante el intenso, disputado e igualadísimo Barça-Madrid de ayer, quedaron claras las respectivas exhibiciones institucionales y la gestualidad del poder, que, concentrada en un palco con bastante petardeo, buscaba chupar cámara de un espectáculo hiperglobalizado. El Madrid marcó paquete futbolístico, hartó de que sólo se valore su perfil más crackoviano y frivólón, ante un público que no cayó en ninguna de las muchas trampas sociopolíticas que el entorno le había tendido.

Con su blanco nuclear, intimizó tácticamente, se anticipó con rigor y concentración y, en la primera parte, las zancadas de sus futbolistas parecían más largas y veloces que las de los nuestros, y los pulmones de Lass, más

Quando los partidos son tan igualados, lo ilusionante es que ganen los tuyos

potentes que los de Xavi. Cristiano Ronaldo incluso se atrevió a provocar a Andrés Iniesta, que respondió en el más puro estilo Estopa: eso no me lo dices tú en la calle, capullo. Resultado: el rival daba la impresión de tener más puntería en ataque, más puntería en defensa y, en general, un orgullo administrado con cierta inteligencia.

Con tics de depredador y un espíritu de superpotencia cuestionada por sus reiterados excesos geopolíticos (evangelizaciones y tal), aliñaba su juego con taconeos y taconazos, amagos y gililloques y la letra pequeña que justifica contratos que quitan el hipo. La intimidación, sin embargo, no fue a mayores ni llegó a atemorizar al Barça, que venía de jugar, cuatro días antes, cuarenta y cinco minutos de fútbol inolvidable frente al Inter (quien no tenga enmarcada esa feliz exhibición del Feeling Team es un desagradecido).

Conscientes de que el club cumplía 110 años y de que otros aniversarios acabaron institucionalmente mal, el Barça fue recuperando el terreno perdido. Le plantó cara a la gestualidad agresiva del Madrid y a su mítico énfasis competitivo –justificado ayer–. Fue buscando el espacio con paciencia, alternando combinaciones en el medio del campo con conductiones kamikaze de Messi en el último tercio del campo (los últimos treinta minutos del argentino fueron un prodigio: su ejemplo de hasta qué punto el mejor delantero del mundo puede ser, cuando se le propone, un extraordinario mediocampista recuperador) hasta que, aprovechando el único fallo de Pepe, Zlatan Ibrahimovic volvió a marcar, con determinación y rabia, uno de esos goles que valen tres puntos.

¿Quién merece ganar cuando



Carles Puyol, espectacular, pega un brinco

ALEX GARCIA

los partidos son tan igualados? Muy sencillo: los tuyos. Así que, pese al error de Busquets al dejar al equipo con diez y algún susto relevante del Madrid –resuelto con brillantez por el dinámico dúo Piqué-Puyol–, se acabó sufriendo para ganar. A veces, para decir algo, repetimos que un equipo ha tenido que picar piedra para ganar. Anoche la picaron todos los jugadores, los del Madrid y los del Barça.

En el interesante libro *La força d'un somni*, el entrenador del fútbol base del Barça Albert Puig escribe: "L'objectiu del tècnic és col·lectivitzar la individualitat, tenint en compte l'essència i la idiosincrasia de cadascun dels jugadors". Ayer dio la impresión de que el Madrid ha mejorado en esta confluencia común de intereses, pero que todavía es esclavo de ciertas ausencias, fugaces pero relevantes, de sus estrellas.

En este sentido, el progreso de Pellegrini es revelador y sintomático. En el Barça, en cambio, estos automatismos del protagonismo individual al servicio de la causa colectiva parecen más engrasados y la esperanzadora idea que plantea Albert Puig se lleva a cabo con más naturalidad y eficacia. Hay otras diferencias, por supuesto, pero lo interesante del partido de ayer es que los elementos simbólicos que tanto contaban las previas de este tipo de ceremonias fueron desplazados por la feliz y fascinante energía del fútbol.